

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS PARTICIPANTES EN EL CAPÍTULO GENERAL DE LAS
HERMANAS DE LA ESCUELA DE NUESTRA SEÑORA

Sala Clementina

lunes, 13 de noviembre de 2023

[Multimedia]

Queridas hermanas, ¡buenos días!

Les doy la bienvenida a todas con ocasión de vuestro 25º Capítulo General, que tiene lugar aquí en Roma. Os reunís para dar gracias a Dios por sus bendiciones del pasado y del presente y para discernir el camino futuro de su Congregación. Lo hacéis inspirándoos en el legado de su Fundadora, la Beata Teresa de Jesús Gerhardinger, cuyo aniversario de beatificación cae el 17 de noviembre, último día del Capítulo. ¿Y cómo va la causa de canonización?

La vida de la beata Teresa fue un testimonio de fe transformadora, de valentía para crear nuevos caminos y de dedicación a la educación de los jóvenes. Su pedagogía pretendía ser integral: junto a la instrucción intelectual, incluía también el cuidado del espíritu y la formación de personas compasivas, responsables y centradas en Cristo, es decir, la formación del corazón, para tener compasión. Siguiendo sus pasos, habéis continuado por estos tres caminos de educación, servicio y espiritualidad. Como leemos en vuestras Constituciones, la Beata Teresa "fundó la congregación en la Eucaristía, la ancló en la pobreza y la dedicó a María" (cf. nn. 17-18). Me gusta esto: anclar en la pobreza. Sin verdadera pobreza, no hay vida religiosa. La pobreza es lo que ancla la vida consagrada. Y no sólo es una virtud, no, es la guardiana. No lo olvidéis. Este firme fundamento ha permitido a las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora salir al mundo y dar testimonio del Evangelio, haciendo visible a Cristo a través de vuestra presencia, llena de fe, esperanza y caridad (cf. Constituciones, n. 4).

El tema que habéis elegido para vuestro Capítulo general: "Ser testigos proféticos para una comunión universal", es de gran importancia en el contexto de nuestro tiempo. Las Escrituras nos ofrecen numerosas referencias a la vocación profética de personas y comunidades que han promovido la comunión entre los diversos miembros del santo pueblo fiel de Dios. Pienso, por ejemplo, en el profeta Jeremías, cuya misión era unirse al pueblo de Israel en su sufrimiento para ayudarlo a reconocer y responder al amor de alianza siempre dispuesto de Dios. También pensamos en San Pablo, que recordaba a los primeros cristianos de Roma que

"nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo" (Rom 12,5). De hecho, vuestro carisma de "conducir a todos a la unidad para la que Cristo fue enviado" se fundamenta en el deseo de Jesús de unidad entre todos los que creen en Él (cf. Jn 17, 11).

Como mujeres que profesan los consejos evangélicos, hace tiempo que sois pioneras en abrazar la dimensión profética de la vida consagrada, que "constituye un memorial vivo del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos" (Exhort. ap. Vita consecrata, 22). Y vuestra entrega es signo no sólo del don que habéis hecho de vosotros mismos al Señor, sino también de vuestra disponibilidad para servir, en Él, a todos nuestros hermanos y hermanas.

Mientras reflexionáis ahora sobre nuevos caminos para vuestra Congregación, permaneciendo arraigadas en los sólidos cimientos puestos por la Fundadora, os animo a seguir siendo testigos valientes de la solidaridad evangélica, en un tiempo en el que muchos experimentan fragmentación y desunión. Esta responsabilidad adquiere aún mayor importancia a la luz del camino sinodal que toda la Iglesia está emprendiendo. Vuestro Capítulo es un tiempo propicio para escuchar más atentamente al Espíritu Santo y para escucharos unos a otros, con el fin de mejorar los lazos que os unen como hermanas y como miembros del Cuerpo de Cristo.

Y quisiera insistir en esto: escuchad. Nos gusta hablar todo el tiempo, a todos. Y no sólo a las mujeres, también a nosotros. A todo el mundo. Pero es tan difícil aprender a escuchar. El Señor también nos habla a través de los demás. Escuchar a los demás, y no, mientras el otro habla, pensar: "¿Qué voy a responder?". No. Escuchar: eso llega al corazón y luego, si me apetece responder, respondo. La escucha es precisamente una virtud que debemos cultivar en nuestras comunidades, en la vida consagrada. Escuchar al Señor, pero escuchar a nuestros hermanos y hermanas. Esto es muy importante.

Queridas hermanas, os agradezco vuestra visita. Que el Espíritu Santo os conceda sus dones en abundancia, para que las deliberaciones y decisiones del Capítulo den mucho fruto en la vida de vuestra comunidad. Y habrá fruto si sabéis escuchar. Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, os proteja, os ayude y sea vuestra guía segura en el camino. Os bendigo cordialmente a vosotras y a todas vuestras hermanas esparcidas por el mundo. ¿Cuántas son? ¿Cuántas hermanas? [Responden: "1900"] ¿1900? Saludadlas a todas. 1900 besos. Te bendigo de corazón a ti y a todas tus hermanas, y te pido, por favor, que reces por mí, porque lo necesito.